

# LA LECCION DEL PASADO

Por GERMAN BERNACER

Los planes recién publicados con carácter oficioso—el plan Keynes y el plan White—para compensar los pagos que cada país tiene que hacer en el exterior y los que tienen que hacerle a él los demás países, dan actualidad al problema de cómo puede realizarse esa compensación con la máxima conveniencia mutua.

Hay dos sistemas automáticos de conseguir el equilibrio del balance de pagos de una nación: el de cambio fijo y el de cambio variable. En el de cambio fijo, se mantiene una equivalencia invariable entre la moneda nacional y las extranjeras o, en general, con el oro. En el de cambio variable, esa equivalencia fluctúa según el azar de las circunstancias, como cualquier precio en un mercado libre.

Examinaremos en este artículo cómo se ha comportado en la práctica el primero, que es el que usaron en el pasado los grandes países capitalistas. El procedimiento que se solía utilizar para mantener la fijeza del cambio dentro de los estrechos límites de los gold-points o puntos de entrada y salida del oro, era el libre movimiento de este metal a través de la frontera, en pago de los saldos resultantes. Después de la guerra, y en menor escala también antes, se han usado otros procedimientos menos automáticos; sus efectos son los mismos si logran la misma eficacia en la fijación del cambio.

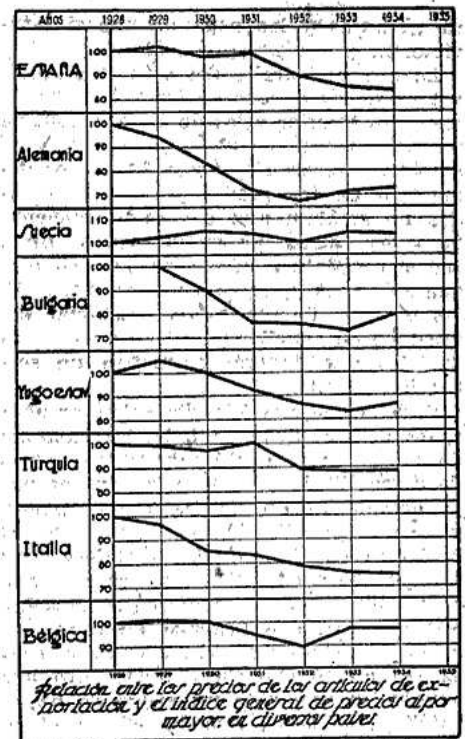
Cuando el balance de pagos de un país resultaba deudor, el oro se exportaba de él hacia los que acusaban un saldo acreedor. Teóricamente, debía pasar que, al

contraerse la circulación en los países deficitarios, por la salida de oro, y expandirse en los demás por su afluencia, los precios bajasen en los primeros y subiesen en los segundos, lo cual debería reprimir las exportaciones de éstos y estimular sus importaciones de artículos procedentes de las naciones con balance deficitario. De este modo, por el juego del intercambio de mercancías y servicios, el desequilibrio existente debería quedar enjugado, cualquiera que fuese su causa.

Pero, ¿qué es lo que pasaba prácticamente ya antes de la Gran Guerra, y qué es lo que ha pasado después de ella en tal medida que ha hecho imposible la subsistencia del sistema?

Pasaba que, al salir el oro, la circulación de dinero activo se contraía, y, generalmente, en mayor medida que el oro exportado, por causa de las leyes monetarias en vigor. Que ello hiciera bajar los precios no era improbable, pero lo que desde luego hacía era obligar a reducir el valor de la producción al acortarle a ésta la ración de dinero y de crédito. Si se trataba de un país ya en crisis, la crisis se acentuaba; si de un país de economía en equilibrio inestable, provocaba la crisis; si la coyuntura era próspera, frenaba la prosperidad. La baja de precios era lo problemático; la acción depresiva sobre el organismo económico, lo fatal; la consecuencia, en todos los casos, un visible empobrecimiento general.

La causa profunda era una enfermedad orgánica del régimen económico; la inmediata y aparente, la invasión de pro-



La tendencia bajista de esta relación se manifiesta de un modo general en la crisis

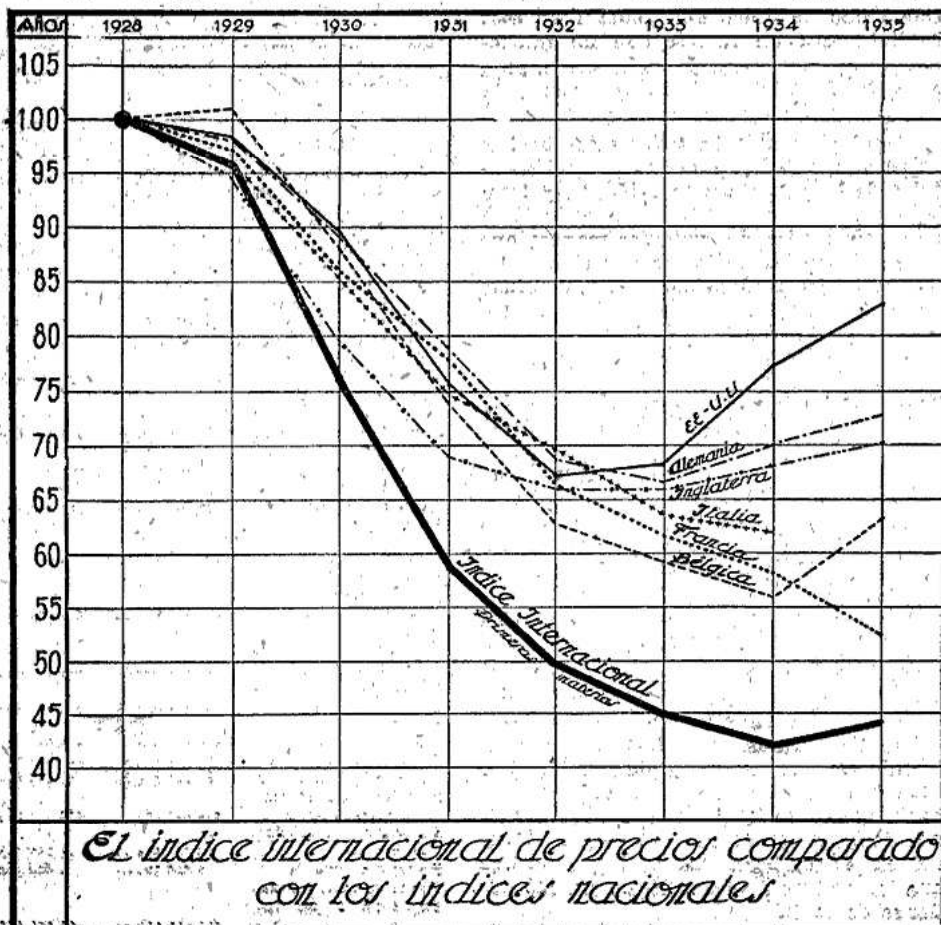
ductos extraños que venían a quitar trabajo a la producción nacional en crisis y a los trabajadores del país en paro. Ahora bien, la política económica se halla en aquel estado por el cual ha pasado la Medicina en que, ignorándose las causas internas de las enfermedades, se atacan los síntomas y se descuida la raíz del mal. El remedio clásico consistía en levantar barreras aduaneras, que se elevaban cada vez más. Su objeto no era ya, cual en la época mercantilista, procurar un saldo favorable, que aportara metal monetario; era proteger a la producción nacional.

El resultado, el mismo; la eficacia del remedio, no menos fúscula. Y, últimamente, vista la inutilidad de las elevaciones de tarifas, se acudió, para dificultar la entrada de productos, a los pretextos sanitarios, a los contingentes, a los convenios bilaterales de pagos, a la política de autarquía.

Nada bastaba. Y no bastaba porque el efecto de tales medidas, que restringían la entrada de productos extraños, privándose de ellos o supliéndolos mejor o peor con otros nacionales, era disminuir la demanda de todos en el mercado internacional y depreciarlos, con lo cual aumentaba la crisis en todas partes.

Cada país podía mejorar su balance de pagos dificultando que las mercancías de exportación de los demás entrasen, y mantener así el precio de las cosas cuya producción interior era insuficiente para las necesidades nacionales, mas no podía evitar que, cuando sus propios productos en exceso salían al mercado exterior, se depreciasen. No ya sólo por encontrar la competencia de productos similares que abarrotaban el mercado, sino porque, aun suponiendo que una nación poseyera el monopolio de una mercancía determinada, el solo hecho de que la capacidad adquisitiva de los clientes estuviera menguada por la devaluación de sus correspondientes productos de exportación comportaba una disminución de la demanda, tanto mayor cuanto más de lujo fuera el producto en cuestión.

¿Cómo esperar, por ejemplo, que un mercado internacional en crisis consumie-



El índice internacional de precios comparado con los índices nacionales

Este gráfico muestra el gran desequilibrio entre los precios internacionales, en fuerte baja, y los interiores al amparo de los aranceles

ra naranjas y las pagara como si estuviese en plena prosperidad?

Lo que se lograba era crear un desnivel entre los precios de los productos de consumo interior y los de exportación, de perniciosas consecuencias, porque los consumidores cuyos ingresos y beneficios dependían de las producciones empobrecidas no creaban una demanda suficiente para las demás, de modo que, al final, todas resultaban afectadas por el mal que se había querido corregir mediante las medidas de restricción comercial, sobre todo en aquellos países en que las industrias exportadoras formaban un sector importante.

Pero lo que nos importa subrayar ahora es que, a pesar de todo, los balances de pagos no se equilibraban; las causas de desequilibrio subsistían, agravadas por la desvalorización de las exportaciones, y las nuevas salidas de oro agudizaban el problema en términos insostenibles. Tan insostenibles, que ni los países económicamente más fuertes pudieron soportarlos, e Inglaterra, que acababa de renunciar a su libre cambio tradicional, a causa del efecto que analizamos, tuvo que acudir, en unión de un grupo de países satélites, al único remedio eficaz: abandonar el cambio fijo para buscar en un cambio natural el equilibrio necesario de su economía.

En fin, ya que las cosas no podían ir peor para los países en déficit de cobros, podría esperarse que a los que se hallaban en el caso inverso y les fluía el oro les iría bien.

Pues tampoco. Del mal que representaba la devaluación internacional de los productos, a causa de la guerra aduanera y autárquica, no se libraban ni aun los países con superávit, que, por ser países de gran potencialidad financiera, eran los más afectados por el desequilibrio entre los productos de exportación y de consumo interno. Así vimos a los Estados Unidos en el caso de tener que devaluar su moneda en cerca de la mitad y ensayar todos aquellos artilugios de la NIRA, de más dudosa eficacia, para poder salir de la enorme crisis que representaba la depreciación sin precedentes de sus exportaciones. Sabido es que el objetivo de toda aquella complicada política intervencionista era obtener un aumento de poder adquisitivo interno.

Estos problemas, en su esencia, no eran nuevos. En forma más atenuada se habían ofrecido ya antes de la guerra. La liquidación de ésta les dio un carácter especialmente virulento. Veamos por qué.

De la guerra habían resultado reparaciones y deudas, lo cual obligaba a fuertes transferencias de fondos. De cualquier modo que los pagos se hicieran, en definitiva, tenían que ser en lo único que los países pueden suministrar en cantidades indefinidas, en mercancías, en productos de su suelo y su trabajo. Pagar en oro, aparte de que es imposible fuera de sumas relativamente pequeñas, sólo puede ser un mecanismo intermedio que, determinando la baja de precios en el país deudor y su alza en el acreedor, provoca, en fin de cuentas, la salida de mercancías y el retorno del oro para volver a empezar, hasta la transferencia completa de la suma debida.

Cobrar una deuda es recibir mercancías sin reciprocidad. No tiene ni puede tener otro sentido. Pero, ¡ah!, que cuando llegó la hora de cobrar esas deudas, se había ya producido la crisis de postguerra, con ingentes masas de parados. Los Estados Unidos, que eran el principal acreedor, tenía 10 ó 12 millones de desocupados forzados. Si aun en condiciones normales, las naciones procuran, en época de baja coyuntura, defenderse de la invasión de productos extraños, para

evitar una competencia que parece un factor perjudicial, ¿qué no ocurrirá cuando esa invasión se verifica en cantidades ingentes y sin reciprocidad?

Los países acreedores querían cobrar sus créditos, pero no querían dejar entrar las mercancías de los países deudores, lo cual es una paradoja insoportable. Se reconoce, generalmente, que la política aduanera de Norteamérica ha sido un factor importante en la crisis del mundo durante los pasados años. Pero esa política no era más que la consecuencia de otra paradoja que late en el fondo de todos los problemas económicos y sociales, la paradoja de que, habiendo muchas cosas que hacer, exista casi siempre en época de paz gente que quiere trabajar y no encuentra en qué. Mientras esto ocurra, no habrá paz, ni habrá solución en la paz a las mil cuestiones que nos acucian y que derivan de este problema fundamental.

El que la gran nación acreedora reclamara sus deudas y los intereses de sus enormes capitalizaciones en el extranjero y, al mismo tiempo, levantara barreras cada vez mayores a la entrada de los productos extraños, y que los demás países procedieran reciprocamente, había de traer dos consecuencias: que el oro fuera a acumularse en los Estados Unidos, y que las mercancías sin compradores se acumulasen sobre el mercado internacional, y con su depreciación agravasen la crisis sin término ni fin.

Un último elemento de gran envergadura intervino también para complicar las cosas: la gran cantidad de capitales flotantes en el mercado, y que, con sus movimientos especulativos o de pánico, constituían un agente de perturbación de las relaciones económicas internacionales. También esto era resultado de la crisis. La baja de los precios había segado los márgenes de beneficio industrial. No había estímulo para capitalizar los ahorros, porque la producción era ruinosa. De este modo, lo único que podía fijar esos capitales era un resorte que no funcionaba. Con ello se agudizaba la crisis, pues a la huelga del capital corresponde la huelga forzosa de los brazos.

El enlace causal de todos estos hechos entre sí y con los fenómenos fundamentales de la coyuntura es evidente, y también me parece evidente que el sistema de cambios fijos, de cualquier manera que se regule, y en particular por el oro, ha mostrado su incapacidad para dominar estos fenómenos. Por el contrario, los encona y agrava.